

**MARIO LEVRERO**

**La Banda del Ciempiés**

LITERATURA MONDADORI

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)



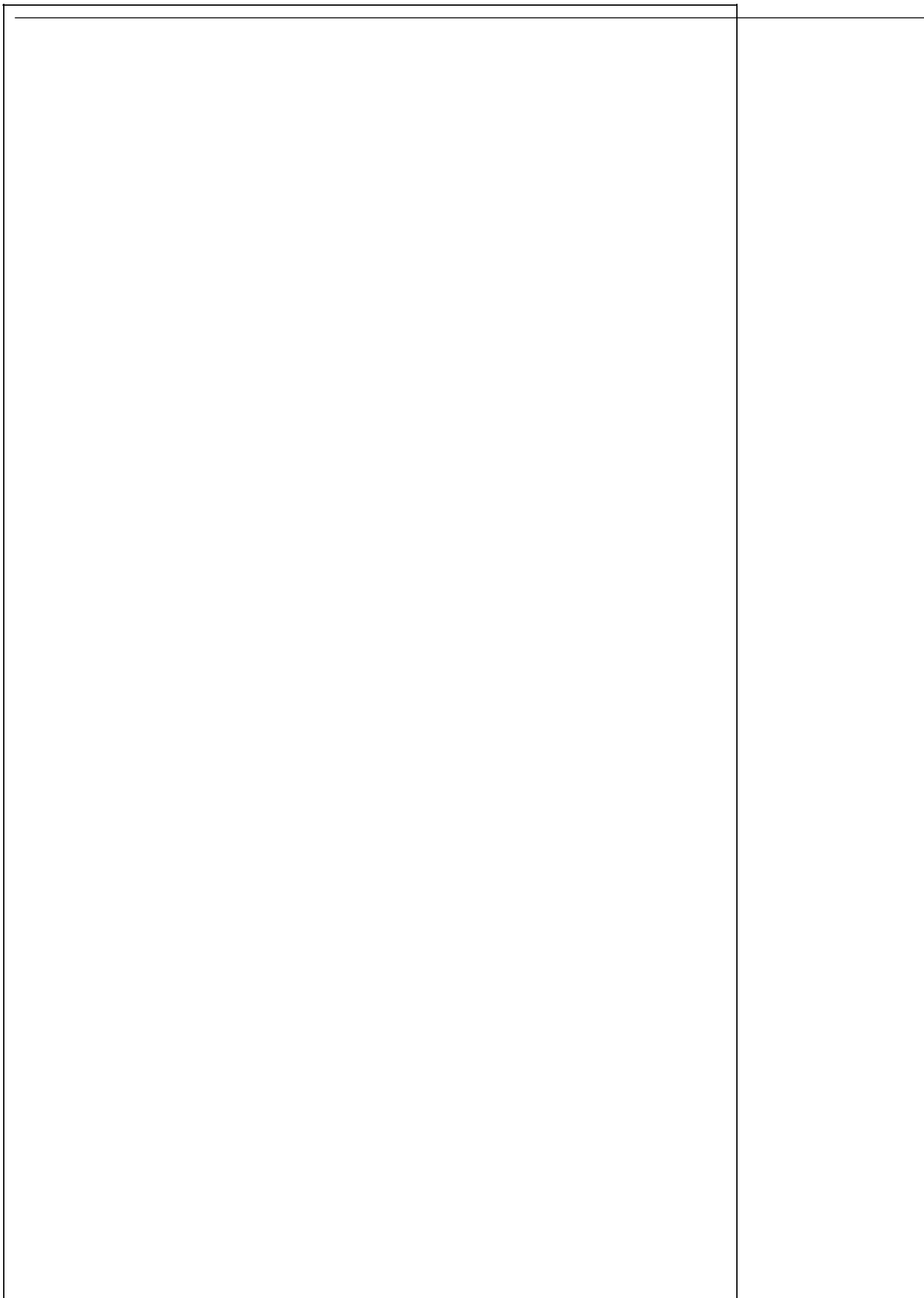
*Literatura Mondadori*

---

*La Banda del Ciempiés*

MARIO LEVRERO

MONDADORI



Levrero, Mario

La Banda del Ciempiés. - 1a ed. - Buenos Aires :

Mondadori, 2011.

EBook. (Literatura Mondadori)

ISBN 978-987-658-071-7

1. Narrativa Uruguaya. I. Título

CDD U863

Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-987-658-071-7

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

Conversión a formato digital: eBook Factory

<http://www.ebookfactory.org>

---

*Para Alici*

*Con mi agradecimiento a Walter Güinl*

M.





---

# PRIMERA PARTE

---



Smithe Andrews, jefe de policía de la ciudad, acababa de dormirse en su apartamento del piso 19 de la calle Central, cuando se sintió aferrado por una serie de manos brutales: sin tiempo de darse verdadera cuenta de lo que estaba sucediendo, fue arrancado de la cama, sacudido violentamente en distintas direcciones, entre confusos sonidos de voces que no gritaban pero sí se transmitían órdenes entre ellas, mezclando también algunos términos incomprensibles dirigidos a él, y finalmente elevada una y otra vez hacia el techo mediante su propia sábana, que los desconocidos agitaban enérgicamente con ese fin. Su cuerpo giraba en el aire y se contorsionaba; en algún momento la cabeza llegó a chocar levemente contra el cielorraso, aunque sin producirle dolor. Por último, las múltiples manos que aferraban la sábana dieron a ésta una torsión especial, y Smithe Andrews atravesó el grueso vidrio de la ventana del dormitorio y cayó hacia la calle. Una cabeza se asomó por el hueco del vidrio roto y por un instante lo miró caer. Luego asomó un brazo que se agitó saludándolo.

No lejos de allí se había formado una multitud integrada por algunos cientos de personas que salían de la última función de una importante sala cinematográfica. De pronto, pudo observarse que la multitud quedaba paralizada unos segundos, luego era recorrida por un curioso movimiento ondulatorio con algo de eléctrico, y más tarde intentaba dispersarse hacia todas las direcciones, presa del pánico. El origen de todo esto había sido una voz de mujer que gritó apenas dos palabras: “¡El Ciempiés!”.

En efecto: a pocos metros de la salida del cinematógrafo se había formado una vez más el aterrador muñeco que aparecía a cualquier hora del día y de la noche con la única aparente finalidad de provocar el pánico, y tenía en jaque tanto a la policía como al resto de los ciudadanos. El cuerpo del muñeco estaba formado por un largo trozo de tela muy liviana, calada, con forma de gusano, que cubría a una cincuentena de hombres que, de este modo, cobraban la apariencia de un gigantesco ciempiés. Estos hombres corrían disciplinadamente, moviendo sus piernas en forma perfectamente acompasada, mientras algunos de ellos hacían sonar unas matracas de madera y otros unas pequeñas panderetas provistas de chapitas metálicas circulares que al entrechocarse producían unos sonidos agudos, como de cascabeles.

Los hombres corrían, haciendo ondular el largo cuerpo del muñeco, y destruían lo que tocaban: vidrieras, vidrios de automóviles o cualquier otro objeto que encontraran en su camino, mientras que la gente la golpeaban con gruesos palos o la herían con finos estiletos o la atropellaban y pisoteaban o simplemente la acometían a puñetazos, disparados sin detener en ningún momento la marcha del muñeco galopante. Al llegar a la esquina siguiente se quitaban la tela que los cubría, y esta tela o bien era abandonada en la calle o bien era plegada cuidadosamente entre dos de esos hombres, y uno de ellos la guardaba entre sus ropas, mientras los cuarenta y ocho restantes se dispersaban rápidamente. Enseguida, los encargados de plegar la tela también huían. Si un hombre llegaba a ser capturado por algún valiente defensor de la ley, a veces era rescatado de inmediato por compañeros que habían quedado rondando en las inmediaciones; si no era rescatado, invariablemente ponía fin a su vida con una dosis de cianuro que llevaba en una ampollita de cristal dentro de la boca.

Esa noche sucedió lo de siempre: el inmundado remedo de miriápodo causó estragos entre los inocentes ciudadanos que salían del cinematógrafo, hubo destrozos de coches y de vidrieras, y abolladuras en los kioscos de revistas y de flores, entre ruidos de matracas y panderetas y las voces de pánico de la muchedumbre y las voces de los maleantes que reían y gritaban como presas de la euforia.

provocada por la droga o el alcohol.

---



Temprano por la tarde del día siguiente, muy cerca del lugar de los hechos narrados y sobre la misma calle Central, se había reunido como de costumbre un grupito de ociosos ante el televisor que funcionaba en la vidriera de un comercio. En la pantalla se veía la imagen del gran Carmody Trailler quien en esos momentos respondía a la pregunta de un periodista:

—No puedo actuar contra la Banda del Ciempiés porque las leyes de este país me lo impiden —decía.

Apareció en la pantalla la cara asombrada del periodista, mostrada en un deformante primer plano.

—¿Puede explicarnos eso, Mr. Trailler? —preguntó.

—Mi actividad es de índole privada —respondió el famoso detective—; carezco de las atribuciones de los servidores públicos. Y la ley me exige actuar en nombre de un cliente. Pero nadie se ha presentado en mis oficinas para solicitarme que destruya a esta peligrosa y detestable banda de criminales, aunque usted bien puede creer, señor periodista, que ardo en deseos de hacerlo —la cámara se aproximó patéticamente a ese rostro duro, de fuertes mandíbulas, que en ese instante mostraba una expresión de dolor y de angustia—. Simplemente con que alguien me pagara un dólar, yo estaría en condiciones legales de entrar en acción. Pero nadie se atreve a exponerse —concluyó con amargura.

Entre los mirones de la calle se oyó una dulce pero firme y decidida voz que decía:

—¡Yo lo haré, Carmody! ¡Yo te contrataré!

Era una pequeña vendedora de violetas. Varios rostros ansiosos se volvieron hacia ella, quien de inmediato se mordió los labios. Apartó su vista del televisor y trató de comenzar a retirarse de allí, pero alguien la aferró con unas gruesas y poderosas manos, inmovilizándola, y alzó rápidamente y con facilidad su frágil cuerpecillo y la jovencita fue introducida de inmediato en una bolsa de arpillera que otro maleante sostenía abierta. La boca de la bolsa fue cerrada con una vuelta de alambre de enfardar y la bolsa echada sin ninguna delicadeza dentro de una camioneta con el motor en marcha que echó a andar velozmente un instante después y se perdió entre otros coches en cosa de segundos.

Sin embargo, dos de los otros espectadores congregados frente a la vidriera del comercio se habían mirado con una señal de inteligencia, y mientras uno de ellos saltaba al interior de un pequeño coche estacionado allí cerca, y que luego arrancó a toda velocidad en seguimiento de la camioneta que llevaba a la niña aprisionada en la bolsa, el otro salía corriendo con la evidente intención de dar aviso a alguien de aquello que había visto.

Ese alguien era el detective Carmody Trailler, quien esperaba en su apartamento del piso quincuagésimo, también sobre la calle Central. El programa televisivo había sido grabado horas antes y ahora él acababa de contemplarlo en su propio aparato de televisión, el que apagó al escuchar el sonido de la campanilla del teléfono.

—¿Carmody? —al levantar el tubo oyó una voz que reconoció al instante como la de John Adams.

—Sí, John. ¿Qué sucede?

—Tienes por fin un cliente —dijo Adams—. No alcanzó a contratarte pero expresó públicamente su intención de hacerlo; creo que ante la ley es como si lo hubiera hecho.

—Excelente —dijo Carmody—. Pero cóbrale de todos modos ese dólar, para que podamos actuar con total confianza.

—Imposible, jefe —dijo, ahora con cierta tristeza, la voz de John—. Acaban de raptarla.

—¡Malditos! —exclamó el detective con indignada desesperación.

---





El jefe de policía Smithe Andrews no había sido tomado por completo desprevenido; pensando que tarde o temprano su persona habría de ser objeto de alguna clase de atentado por parte de integrantes de una u otra de las innumerables bandas criminales que azotaban al país, había tenido la precaución de instalar un complejo sistema de alarmas en su domicilio y en el resto del edificio, y aun en edificios vecinos, y una cantidad de funcionarios, alertas a dichas alarmas, estaba apostada en las inmediaciones; así, mientras su cuerpo caía desde el piso decimonono, todo un vasto operativo se puso automáticamente en marcha y un poderoso tejido de malla pudo recogerlo en su caída a la altura del piso octavo y salvar su vida, al tiempo que varios coches patrulla rodeaban la manzana y varios contingentes armados brotaban de distintos apartamentos del edificio y ocupaban lugares estratégicos cortando las vías de escape, incluso en la azotea.

Mientras caía, el jefe Andrews tuvo una idea, una especie de iluminación: “El muñeco que semeja un ciempiés o una escolopendra —pensaba— se parece notablemente a esos muñecos que semejan dragones y que fabrican los chinos para Carnaval o cualquiera que sea su maldito festejo pagano. Es probable, muy probable, que esta Banda del Ciempiés sea de inspiración china. Ordenaré de inmediato una redada por el Barrio Chino y por los lugares que suelen frecuentar los chinos”.

Y así lo hizo. Después de que su magullado cuerpo rebotara varias veces contra la elástica red, rompiéndose varias costillas, la red fue entrada nuevamente por la ventana mediante el mecanismo automático que con tanta precisión la había hecho salir afuera, y varios de sus hombres le prestaron auxilio. Sus primeras palabras dirigidas a ellos fueron unas instrucciones muy detalladas para que ya mismo se pusiera en marcha la redada de chinos; estas órdenes fueron transmitidas a la central y en pocos minutos tanto el Barrio Chino como otros lugares que figuraban en los archivos policiales como pasibles de ser frecuentados por chinos, fueron invadidos por nutridos contingentes de servidores públicos. El jefe fue llevado en ambulancia a un sanatorio, a pesar de sus protestas; él quería volver a su despacho para dirigir personalmente toda la serie de delicados operativos, pero finalmente fue persuadido de atender primero a su estado físico. En la ambulancia, el médico que viajaba a su lado le aplicó una inyección, según dijo sedante y analgésica.

Angus McCoy, el ayudante de Carmody Trailler que había salido en persecución de los raptos de la pequeña vendedora de violetas, comprobó que el vehículo de los maleantes se detenía ante una casa de miserable aspecto situada en uno de los suburbios más pobres de la ciudad. La calle era angosta, larga y anfractuosa y tenía un aspecto de descuido, casi como de un lugar deshabitado. La mayoría de los frentes de las casas había perdido el color original y muy grandes trozos de revoque, que habían dejado a la vista el color del ladrillo; y había grandes rajaduras que permitían el crecimiento de distintas formas vegetales que hincaban en ellas sus raíces, algunas incluso con unas tímidas flores que daban un toque amable de belleza y color, especialmente a esa hora, cuando el sol comenzaba a decaer y sus rayos herían la vista con menos fuerza y realzaban el encanto de las cosas. En un balcón semiderruido se veían unas macetas con malvones de flores muy rojas, curiosamente bien cuidados en medio de tanto abandono. Junto al cordón de las veredas corría por la calle un hilo de agua sucia.

Angus detuvo el coche a una prudente distancia de la casa de los secuestradores y buscó un teléfono desde el cual dar cuenta de la situación y pedir instrucciones a su jefe. Halló un teléfono público en un cafetín a unos cien metros de allí, caminando hacia la derecha; pero ese teléfono estaba ocupado y

había dos o tres personas esperando turno para hablar. Angus vivió momentos de gran inquietud, pero no se atrevía a exigir al dueño del cafetín que le permitiera usar el teléfono que sin duda tenía oculto tras el mostrador; desconfiaba de las gentes de ese barrio, y tenía la certeza de que si exhibía sus documentos para dar énfasis a la exigencia, su identidad sería de inmediato divulgada y llegaría a oídos de los raptores, quienes se alejarían del lugar o bien lo atacarían antes de que su jefe Carmody Traller pudiera ser avisado. Por otra parte, los usuarios momentáneos del teléfono público demoraban en sus conversaciones lo que a Angus le parecía un tiempo infinito. Cada segundo de demora multiplicaba los riesgos que corría la pequeña vendedora de violetas. Angus pensó en entrar él solo a aquella casa de los raptores, pero le pareció una acción temeraria; él era el único que conocía el paradero de la niña, y si era puesto fuera de combate ya no quedaría para ella ninguna esperanza.



El cafetín era sombrío y sucio; un local estrecho y largo, al fondo del cual se oían los ruidos de una partida de billar y se veían unas manchas de luz difusas y como veladas por el humo del tabaco. Algunos parroquianos bebían solitariamente junto al mostrador, o distribuidos en unas pocas mesas pequeñas de madera; cada cual parecía ocuparse de sus propios pensamientos, pero Angus advirtió que su presencia en el lugar había llamado la atención y que muchos pares de ojos lo espiaban de soslayo y también creyó notar que entre varios de ellos se entrecruzaban miradas de inteligencia.

Después de transcurridos varios de esos minutos que parecían eternos, quedó por fin sólo una mujer antes que él en el uso del aparato. Era una mujer a quien hubiera sido exagerado catalogar de madura aunque había algo en su aspecto que hacía pensar en una madurez que no condecía con el aire juvenil de su cuerpo y de sus facciones; no era nada fea ni tenía el distintivo de vulgaridad que cabía esperar en ese barrio, aunque sí vestía ropas humildes. Angus calculó que podría tener unos treinta años. Su figura era esbelta, y llevaba los carnosos labios cuidadosamente pintados de un color rojo muy vivo, mismo que las largas y cuidadas uñas; el cabello era de un rubio que hacía pensar en una coloración artificial.

Mientras hablaba, la mujer miraba de tanto en tanto al detective, de reojo, pero no había ninguna expresión particular en su mirada. Era imposible para Angus deducir con quién hablaba ni de qué hablaba exactamente, pues ella parecía limitarse a monosílabos, e innecesarias sonrisas y movimientos de cabeza, como si su interlocutor la estuviera viendo, y sólo algunas frases, por lo general inconclusas, que dejaban como sobreentendida lo que sería la sustancia de lo que se debía comunicar. Angus no podía darse cuenta ni siquiera de si se trataba de una conversación de tipo amoroso, amistoso o simplemente comercial.

Así pasaron unos preciosos minutos más, hasta que finalmente la mujer colgó el tubo y se retiró de su lugar junto al teléfono. Angus ocupó prestamente ese lugar y pudo informar a su jefe de la exacta situación de la casa que le interesaba; eso fue hecho con las mayores precauciones para no ser escuchado por ningún otro oído que no fuera el de Carmody Traller. En realidad no había personas muy cerca de allí, salvo la mujer que acababa de hablar y que había dejado el intenso aroma de su perfume en el tubo del teléfono; ahora parecía esperar a utilizarlo nuevamente, como si hubiera cedido su turno a Angus por haber advertido su extrema urgencia. Probablemente tuviera que hacer otras llamadas, pero de todos modos Angus tuvo el cuidado de hablar con el volumen de voz más bajo posible y evitar cualquier referencia que pudiera delatarlo. Carmody respondió que partía hacia allí de inmediato.

El remedo de ciempiés que se había formado a pocas cuadras del domicilio del jefe Andrews y luego se había disuelto sin que fuera capturado en esa oportunidad ninguno de sus integrantes, volvió a formarse un poco después, esa misma noche, en la misma calle Central, a unas diez cuadras del lugar anterior, causando destrozos, pánico y heridas en cantidad. Esta vez no se aprovechó una gran concentración de gente, como en el caso de la salida del cinematógrafo, pero la calle en ese tramo era de por sí muy frecuentada por el público y, si se quiere, el efecto terrorífico y devastador fue ahora más grande.

Varios cuerpos de inocentes paseantes quedaron tirados sobre el pavimento, algunos heridos, otros muertos, sin que los malhechores hubieran hecho distingos entre hombres, mujeres, niños o ancianos

Muchos vehículos quedaron abollados y con los vidrios rotos, e incluso uno de ellos fue pasto de las llamas. Desde las ventanas de los edificios adyacentes podía escucharse como un fragor, en el que era imposible distinguir matices y en el que se mezclaban los ruidos de matraca y pandereta con el ruido de los golpes, los ayes de dolor y los alaridos de pánico. Alguien abrió de par en par la ventana de un primer piso y se asomó para poder apreciar con mayor claridad de qué se trataba esa confusa algarabía; de inmediato, desde la calle, fueron arrojadas varias granadas de mano al interior de la habitación, y en un instante estallaron, despedazando al hombre que se había asomado, destruyeron gran parte del mobiliario y causaron gran daño en las paredes, el techo y los muebles.

Mientras tanto, en esa misma noche del atentado al jefe Smithers, se cumplía con matemática eficacia la redada policial al Barrio Chino y otros lugares. Fueron apresados miles de chinos, entre ellos el Embajador de China ante las Naciones Unidas. Cuando intentó hacer valer su calidad de diplomático fue acallado a golpes de cachiporra. Más tarde fue sometido a un intenso interrogatorio, su desconocimiento de cualquier hecho relativo a la Banda del Ciempiés lo hizo más y más sospechoso ante los defensores de la ley, quienes fueron subiendo el tono del interrogatorio y acudieron luego al apremio físico. Le cortaron las manos y los pies, lo pincharon con agujas y lo tajearon con navajas. Cuando murió, su cuerpo fue licuado en una máquina especial y el líquido resultante se hizo desaparecer por medio de unas cañerías instaladas con ese fin, conectadas con la red cloacal de la ciudad. Muchos otros chinos sufrieron un destino similar, sin que por ello las autoridades avanzaran un ápice en la resolución del misterio que tenía en jaque tanto a la policía como al resto de los ciudadanos. Pero la presencia de un testigo especial en el local donde fuera detenido el Embajador desencadenaría más adelante una secuela de trágicos sucesos que habrían de conmover profundamente a la gran nación del Norte.



Ese testigo especial que advirtiera la presencia del Embajador en cierto local nocturno durante la redada, se trataba de un curioso personaje que observaba desde una mesa distante todos los acontecimientos. Este curioso personaje, si bien era chino y podía reconocer al Embajador, no fue molestado por los policías pues había tenido la precaución de operar sus párpados, que le daban a los ojos un aspecto oriental, y de maquillarse convenientemente para que pasara inadvertido el color de la piel. El curioso personaje era un monje que había venido a Occidente con la misión de divulgar las doctrinas budistas, especialmente en sus aspectos Zen. Esta misión debía realizarla entre elegidos, que tomaría como discípulos, para que luego expandieran la doctrina en toda la población; se consideraba una misión de largo alcance y, por lo tanto, sin ninguna clase de plazos temporales. Así, el curioso personaje había adoptado un nombre occidental —Jonathan Morris—, perfeccionado su pronunciación del inglés hasta borrar todo rastro de acento y ubicado en una profesión liberal adecuada a sus fines: la de periodista *free-lance*. En realidad, en lo substancial era sostenido económicamente por la central budista y por los servicios secretos de inteligencia chinos.

Jonathan Morris supo, pues, cómo había desaparecido el Embajador de su país ante las Naciones Unidas, y algunos de sus contactos le permitieron conocer detalles que no habían trascendido a la prensa —la que, días más tarde, dio escueta noticia de la desaparición del Embajador junto con profusión de rumores falsos— y se ignoraban incluso en las altas esferas gubernamentales. No vaciló en comunicar lo que sabía a las autoridades de su país, por intermedio de los contactos pertenecientes a su grupo religioso.

Paralelamente a la redada de chinos, aquella noche se realizaba la frenética búsqueda de los maleantes que habían manteado al jefe Andrews y lo habían arrojado por la ventana; esa búsqueda no dio el menor resultado, pese al impresionante despliegue de las fuerzas del orden, las que no dejaron sin explorar un solo centímetro cuadrado del edificio. Era muy posible que los maleantes se hubieran camuflado entre los otros habitantes, o bien que la construcción contara con entradas y salidas secretas que no figuraban en los planos presentados a la Intendencia para su aprobación. Sin embargo, los habitantes del edificio fueron examinados cuidadosamente uno por uno sin que se encontrara en ellos nada sospechoso, a pesar de que, en la confusión del momento, se hubieran producido una serie de incidentes, entre ellos el despedazamiento de los propios hijos del jefe Andrews, a quienes creyeron enanos disfrazados. La esposa de Andrews, que salió en defensa de los niños, fue violada por varios agentes y luego muerta a palos. Pero el jefe Andrews no llegó a enterarse de la triste noticia, al menos en esos momentos; más adelante las autoridades hospitalarias darían a conocer un comunicado en el que se informaba que Andrews había fallecido sin recobrar el conocimiento, a causa de los traumatismos varios, especialmente de columna y cerebro, que había sufrido por el maltrato de los delincuentes. Durante el velatorio, que se hizo conjuntamente con el de su mujer y sus hijos y en el que hubo una nutrida concurrencia, un observador avezado —que no los había— tal vez hubiese reparado en una figura misteriosa que deslizó un paquetito en el interior del ataúd.



- [download online Lionel Asbo: State of England pdf, azw \(kindle\), epub, doc, mobi](#)
- [read Linux Timesaving Techniques For Dummies online](#)
- [read online Falling For Your Madness pdf](#)
- **[download The Complete Alice in Wonderland book](#)**
- [High-Yield Biochemistry \(3rd Edition\) \(High-Yield Series\) here](#)
  
- <http://weddingcellist.com/lib/The-Crossings.pdf>
- <http://anvilpr.com/library/Linux-Timesaving-Techniques-For-Dummies.pdf>
- <http://ramazotti.ru/library/Falling-For-Your-Madness.pdf>
- <http://econtact.webschaefer.com/?books/The-Complete-Alice-in-Wonderland.pdf>
- <http://anvilpr.com/library/Breath-of-Fire-TM---Dragon-Quarter--Bradygames-Official-Strategy-Guides-.pdf>